

## LA PENETRACIÓN DE LOS DISPOSITIVOS DE CONTROL EN UN ESPACIO IMPERMEABLE DE LA PERIFERIA DE BARCELONA

Stefano Portelli  
Università di Roma “La Sapienza”

### La penetración de los dispositivos de control en un espacio impermeable de la periferia de Barcelona (Resumen)

La demolición de un barrio de la periferia de Barcelona es el resultado directo y a la vez el instrumento a través del cual se transforma profundamente la estructura de poder sobre la zona, con el objetivo de recuperar para el control centralizado un espacio que durante décadas había sido relativamente autónomo. A partir de la información recolectada en un estudio etnográfico de seis años en las 'casas baratas' de Bon Pastor, se estudian los efectos del plan de renovación urbanística, que se compara con una forma de penetración colonial que induce la ruptura de las estructuras cotidianas de la convivencia, y de las técnicas de gestión de conflictos.

**Palabras clave:** Transformación urbana, *urban renewal*, revanchismo, antropología urbana, etnografía.

### The penetration of control devices in an impermeable space in the periphery of Barcelona (Abstract)

The physical demolition of a peripheral neighbourhood of Barcelona is at the same time the result and the vehicle for a deep change in the structure of power in the area, moved by the aim of retrieving for centralized control a space that had been relatively autonomous during decades. Drawing from data collected through a six-years ethnographic study in Barcelona's 'cheap houses', the effects of the urban renewal plan are analyzed, and compared with a form of colonial penetration that induces the shattering of common structures for cohabitation and conflict management skills.

**Keywords:** Urban transformation, urban renewal, revanchism, urban anthropology, ethnography.

El fallecido Neil Smith introdujo un concepto fundamental para la comprensión de las dinámicas de impacto social de la transformación urbana: el de “revanchismo”. Smith llama así una ideología de control y recuperación del espacio con la cual las élites defienden su

derecho a reapropiarse de zonas de la ciudad que consideraban perdidas, y que en algunos casos ha ido substituyendo los viejos paradigmas reformistas de intervención urbana. Con las políticas del alcalde Rudolph Giuliani en Nueva York en los años 80, por ejemplo, el discurso revanchista se ha asociado a la gentrificación, en barrios como el Lower East Side de Manhattan<sup>1</sup>. Sobre el concepto de gentrificación – que indica la penetración progresiva en los barrios históricos de gente de mayor poder adquisitivo, con la consecuente expulsión de los antiguos habitantes – sigue haciendo falta mucho trabajo, ya que su valor explicativo es aún a veces puesto en duda; sin embargo, lo que se expondrá aquí es cómo el revanchismo urbano puede asumir también formas más complejas.

En 1992, en el prólogo a la edición inglesa del libro *Barcelonas*, el escritor Manuel Vázquez Montalbán escribió: “Los viajeros ingleses que hayan visitado o quieran visitar Barcelona tienen que saber que dentro de sus fronteras municipales no hay una ciudad sino varias, y que prácticamente todas ellas han sido modificadas radicalmente por las Olimpiadas<sup>2</sup>”. Esto es cierto también para las transformaciones urbanísticas más recientes, es decir aquellas que promovieron actores públicos y privados a partir de los años 1999-2000. También esta nueva oleada de *urban renewal* ha puesto de manifiesto la multiplicidad de ciudades que conforman Barcelona; sin embargo, su impacto ha sido bien observado y estudiado sobretodo en los barrios del centro de la ciudad, dónde también se evidenció su relación con políticas públicas claramente revanchistas, como la Ley del Civismo de 2005, versión ibérica del “anti-social behaviour act” de Gran Bretaña, y por lo tanto descendiente directa de la “tolerancia cero” del alcalde Giuliani. Menos analizado es qué pasó en los barrios de la periferia, dónde las dinámicas de control y vigilancia sobre la población son diferentes.

El territorio sobre el cual desarrollé mi investigación es el polígono de Casas Baratas de Bon Pastor, un conjunto de 784 viviendas unifamiliares construidas en 1929 por el Ayuntamiento de Barcelona, en el extremo norte de la ciudad. Un plan urbanístico aprobado en 2002 preveía hacer *tabula rasa* de la totalidad de las viviendas y sustituirlas progresivamente por un “nuevo barrio” de bloques de pisos. Las demoliciones de Bon Pastor, el más grande de los cuatro grupos que se construyeron en Barcelona, empezaron en 2007, y hasta la fecha sólo afectaron la primera mitad del barrio. A pesar de las innegables mejoras en las condiciones de vida de muchas familias, y de los discursos sobre la modernización del entorno, compartidos también por un sector importante de habitantes, la demolición ha representado el colapso de un mundo de significados y valores históricamente constituidos, vinculados a ciertas formas de cohesión social y de gestión colectiva del territorio, estrechamente dependientes de la forma física del barrio.

Gran parte de los habitantes del polígono sufrió lo que la doctora Mindy Fullilove llama *root shock*, refiriéndose a la desarticulación de las redes sociales provocada por el derribo de los barrios afro-américanos de Estados Unidos a partir de los años 60<sup>3</sup>. Los mecanismos de defensa y gestión colectiva de la convivencia que los habitantes habían mantenido activos durante los ochenta años de su historia – y que habían aguantado una guerra civil,

---

<sup>1</sup> Smith, 1996.

<sup>2</sup> Montalbán, 1992, p. 3, traducción nuestra.

<sup>3</sup> Fullilove, 2004.

cuarenta años de dictadura, la difusión mortífera de la heroína – no resistieron a la pérdida del espacio físico del barrio, que reveló así su importancia fundamental en estructurar las relaciones sociales. Veremos aquí como, una vez modificada la forma del espacio y las formas sociales asociadas a ello, los nuevos valores e ideales, ya dominantes en gran parte del territorio metropolitano, encontraron el camino abierto para penetrar en el imaginario colectivo. Ruptura de las defensas, creación de nuevas necesidades; tal y como escribe Majid Rahnema, “Para infiltrarse en los espacios vernáculos, el primer *homo oeconomicus* utilizó dos estrategias que no dejan de recordar, una a la acción del retrovirus HIV, la otra a los mecanismos empleados por los traficantes de drogas”<sup>4</sup>.

El *urban renewal* de este territorio periférico, por lo tanto, ha sido un proceso revanchista de tipo sutil, que consiguió someter un territorio que los bombardeos de la aviación fascista y las palizas de los *grises* no habían podido dominar del todo. Un espacio semi-autónomo, recalcitrante al poder municipal, en el cual la memoria de haber sido un barrio “rojo y negro” aún podía leerse en los entrelíneas del comportamiento cotidiano. Analizaremos aquí la historia y la antropología de esta transformación.

**Figura 1.**  
**Las casas baratas de Bon Pastor en 2005**



Fuente: Carola Pagani

### **¿Una nueva guerra civil?**

Cuando llegué por primera vez a Bon Pastor, mi intención era de analizar las reacciones de los habitantes al “Plan de Remodelación”, el proyecto de derribo integral de las casas baratas, pocos años después de su aprobación<sup>5</sup>. Sólo una de las 784 casas baratas había sido demolida; los habitantes, pero, ya estaban profundamente divididos entre ellos. Delante de la perspectiva del derribo y de la reubicación en los nuevos edificios, las diferencias internas salieron a la luz. Todos tenían contratos de alquiler protegido, ya que las casas pertenecían al Patronato Municipal de la Vivienda, entidad dependiente del Ayuntamiento; pero las relaciones con sus viviendas eran muy diferentes.

---

<sup>4</sup> Rahnema, 2008, p. 214.

<sup>5</sup> PVCE, 2004.

Un sector importante de la población del barrio repetía el discurso oficial sobre la necesidad de modernizar el barrio y de superar la nostalgia del pasado. “El pasado pasado está”, o “tenemos que cambiar”, eran opiniones que encontré con cierta frecuencia, así como “un piso nuevo es el sueño de todo el mundo”. Se trataba, por la mayoría, de familias cuyas viviendas estaban en mal estado, o con muchos hijos, con nuevos contratos de alquiler, a menudo no muy convenientes; a algunos el Patronato había prometido una nueva vivienda ya en el momento de asignarles la casa. Sus puntos de vista reflejaban la visión de la prensa: incluso en las publicaciones más independientes, el derribo de Bon Pastor se presentaba entonces como una gran oportunidad de superar la marginalidad y el abandono. “De las casas baratas a la calidad de la vida”, tituló en 2004 la revista *Carrer* de la Federación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona<sup>6</sup>.

Otro sector de habitantes, sin embargo, tenía una visión bien diferente. La parte de población más enraizada, que habitaba las mismas casas que habían sido asignadas a sus padres o abuelos, pasándose los mismos contratos de alquiler indefinido que el Patronato estipuló desde los años 30 hasta los 90 (es decir, hasta la LAU), tenían mucho más apego a sus casas: no consideraban que la modernidad tuviera que pasar por el derribo. Su visión de la historia del barrio era otra, como ilustró María Martínez, una mujer anciana de la calle Granadella, entonces ya casi ciega:

Hemos estado abandonados; nos han cobrado lo que han querido; y luego después, no quieren ahora más que robarnos. Eso es robarnos: robarnos la dignidad y robarnoslo todo; porque ¡son unos ladrones! Dígaselo que lo he dicho yo: a mí me importa un pito que se lo digas. Porque esto no se hace con las personas. Lo que hubieran tenido que hacer es arreglar nuestras viviendas tiempo ha. Yo aquí me he gastado dos millones de pesetas, porque se vinieron mis nietos a vivir, y dos millones que he perdido; ahora me la quieren tirar, porque estoy viviendo como una persona? [...] Qué quieren de nosotros, ¿que cojamos una ametralladora y los matemos? [...] La cuestión es que nosotros no queremos que tiren las casas; las casas no queremos que las tiren. Porque es nuestra vivienda, hemos vivido toda la vida aquí; yo tengo 84 años. Estoy viviendo aquí y ¿me tengo que ver ahora en la calle? ¿O en un piso como una jaula?<sup>7</sup>

Entre las más de 100 entrevistas que en verano de 2004 grabamos en las casas baratas – mayoritariamente con mujeres – al menos 40 manifestaban un rechazo completo al derribo de las viviendas. Ancianos y jóvenes compartían una visión completamente negativa de la relación de las autoridades municipales con el barrio, que se expresaba a veces con rabia, otras con resignación, pero que en todo caso contrastaba evidentemente con la idea “participativa” con que la demolición se presentaba al resto de la ciudad. “Lo haremos porque hay que hacerlo – dijo otra mujer – pero no estamos conformes, es lógico; pero bueno, tendremos que aceptarlo. No me pondré a luchar contra ellos; me daran una casa en las condiciones que yo pueda, y se habrá acabado<sup>8</sup>”. Lo que me llamó la atención, es que incluso entre los que se decían favorables, recorrían expresiones parecidas, frases recurrentes, metáforas: el barrio entero compartía un imaginario común, como una tela sobre la cual cada una había desarrollado su dibujo particular.

La visión colectiva del Patronato Municipal de la Vivienda, y del Ayuntamiento, era de un monolito todopoderoso y distante, cuyo único interés era su propia inversión económica, y

---

<sup>6</sup> *La veu del Carrer*, marzo 2004.

<sup>7</sup> Entrevista con María Martínez Cánovas, grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 12/7/2004.

<sup>8</sup> Entrevista anónima, grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 24/7/2004.

contra la cual nada (o casi nada) podía hacerse. “La potencia, los que mandan”, siguió la mujer de antes. “A mí nadie me ha pedido nada; aquí han hecho lo que han querido siempre. No han ido casa por casa 'usted qué quiere, usted qué quiere', no [...]; ellos quieren el terreno, lo quieren todo, para ganar muchos millones”<sup>9</sup>, dijo otra, que vivía en una de las primeras casas desahuciadas. “Si no te gusta tienes que hacerlo igual, porque viene de arriba”, dijo un hombre, que se decía contento por el cambio de vivienda. “No queremos que llueva, pero lloverá”, según otro hombre, mayor, cuya vivienda estaba justo en la sombra de los nuevos pisos. Unos truenos revelaban una tormenta inminente; opinar sobre el derribo resultaba tan ridículo como expresar una opinión sobre la lluvia que iba a caer.

Contrastaban con esta visión tanto las declaraciones del Ayuntamiento, como las de los miembros de la Asociación de Vecinos, que adherían al discurso sobre la participación y el consenso popular al derribo. En un pleno municipal de 2003, el presidente del Patronato había declarado que la Remodelación “tiene el acuerdo de todos los grupos municipales y el consenso de los vecinos, después de una participación muy amplia e intensa”<sup>10</sup>: se hacía referencia a una consulta popular celebrada en 2003, que había dado un resultado positivo; sin embargo, el plan urbanístico – anunciado en la prensa ya desde 1998, se había aprobado el año 2000<sup>11</sup>. Preguntando a los habitantes del barrio acerca de la consulta, una de las respuestas fue que había sido “como las elecciones en el tiempo de Franco”, en qué todos sabían que no había más que una opción<sup>12</sup>.

Los paralelos con la dictadura y la guerra me sorprendían. Francisca Hernández Roca (“Paca”), una mujer mayor que durante años estuvo en pleito con el Patronato para que le devolvieran una fianza entregada años antes para abrir un negocio, comparó el trato recibido por la institución con la violencia de la dictadura: “Los alguaciles que habían allí en el barrio, de la guerra, fueron muy malos [...]; y al que le tenían un poco de idea, pues a aquel no lo dejaban vivir [...]. Nada, cualquier idea: como me tienen a mí los del Patronato, y *prou*. Siempre tiene que haber un cabeza de turco: pues mira, para el Patronato yo he sido eso”<sup>13</sup>.

En muchas entrevistas, el pasado y el presente del barrio se entrelazaban. Según Paca entre 2003 y 2004 en Bon Pastor “empezó la guerra”. Paca añade que si durante la guerra sabías de donde te venían los golpes, “ahora los golpes te vienen de todos los lados”<sup>14</sup>. Evidentemente, la palabra “guerra” es algo más que una expresión como otra, para quién aún recuerde haber corrido por las calles de ese mismo barrio en busca de los refugios, antes de que los aviones fascistas descargaran sus bombas en el polígono. La imagen de las casas bombardeadas, de los escombros, funcionaba de bisagra, conectando las épocas en

---

<sup>9</sup> Entrevista anónima, grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 29/7/2004.

<sup>10</sup> Acta de la Sesión 22/12/2003 del Consell Municipal de Barcelona.

<sup>11</sup> Véase *La Vanguardia* del 23/9/1998, que titula “Pisos nuevos substituirán a las casi 800 casas baratas del barrio de Bon Pastor”: en el artículo no se hace ninguna referencia a la necesidad de consultar a los habitantes, ni siquiera se menciona la Asociación de Vecinos del barrio. La modificación del Plan General Metropolitano que dictamina la demolición es del 22/12/2000, y el “referendum” de octubre 2003.

<sup>12</sup> Entrevista anónima, grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 22/7/2004.

<sup>13</sup> Entrevista con Francisca Hernández Roca, grabada por Stefano Portelli y Sandra Capdevila el 26/10/2009.

<sup>14</sup> *Ibid.*

una única visión: tanto Paca como su antigua vecina Carmen García García, nacida y crecida en la calle Mollerussa, no podían evitar comparar el derribo de las casas con sus recuerdos de los bombardeos. Una carta de protesta enviada por un grupo de vecinos al Patronato en verano de 2003, denunciaba el “imperialismo” de esta entidad hacia los habitantes del barrio; algunos años después, uno de sus miembros me confesó que la razón porque nadie se había opuesto de forma más contundente a la actuación municipal era ésta: “¡Se piensan que aún estamos en dictadura! Tienen miedo: aquí funciona así, hacen lo que les dice el cacique”.

Explica Mindy Fullilove, en el ya citado estudio sobre la demolición de los guetos negros de Estados Unidos – cuna del jazz y de la lucha para los derechos civiles – que la diáspora forzosa hacia las periferias resonaba de palabras que recordaban una diáspora anterior: la que había llevado a sus antepasados lejos de sus tierras de África, a trabajar como esclavos en las plantaciones de los estados del Sur. El instrumento con que algunos de los afectados intentaban superar el dolor de la pérdida de sus barrios, era el que se utilizaba en la esclavitud: los *spirituals*<sup>15</sup>. Así, el nuevo evento se interpretaba a la luz de los eventos pasados: la historia era un horizonte común de sentido, capaz de dar forma al evento que había desestructurado esa misma comunidad.

### **El impacto social de la transformación del espacio**

Aunque el concepto de *new urban frontier*, con que Neil Smith compara la gentrificación a la conquista del Oeste, sólo apareció en 1996, esta metáfora *western* había sido empleada previamente. En 1974 el director Marco Ferreri rodó la película *Touché pas a la femme blanche* en el enorme hoyo resultante de la demolición de Les Halles, al centro de París: los indios eran los antiguos habitantes de la zona, y los cow-boys matones de los especuladores inmobiliarios. Es de nuevo Vázquez Montalbán que definió la gentrificación del Raval “la limpieza étnica de los señoritos”: los gentrificadores ven los antiguos habitantes del barrio como indios de las reservas. Algunos años después, Michael Herzfeld describió la renovación urbana como *spatial cleansing* – limpieza espacial, paráfrasis de *ethnic cleansing*<sup>16</sup>.

La urbanista Libby Porter publicó hace poco un libro sobre “las raíces coloniales de la planificación urbana”, donde explicaba que una epistemología de conquista y control del territorio es implícita en cualquier plan de ordenación territorial<sup>17</sup>. La colonización de un territorio, de hecho, empieza por una conquista militar, pero sigue como reconfiguración de su espacio según la lógica de los vencedores. Es célebre la descripción de Lévi-Strauss del poblado bororo de Kajara, en el Amazonas brasileño, cuya estructura circular reflejaba el orden social y religioso indígena; algo menos conocido es el párrafo en que el etnólogo describe cómo la modificación de este orden haya servido para cristianizar los Bororo:

“Esta configuración circular es tan importante para la vida social y religiosa de la tribu, que los misioneros entendieron pronto que la manera más segura de convertir a los Bororo era de hacerles abandonar su pueblo y trasladarse a uno en que las cabañas estuvieran organizadas en filas paralelas. Entonces serían, en todos los

---

<sup>15</sup> Fullilove, 2004, pp. 158-164.

<sup>16</sup> Herzfeld, 2006.

<sup>17</sup> Porter, 2010.

sentidos, des-orientados. Todos los sentimientos hacia sus tradiciones les desertaría, como si sus sistemas religiosos y sociales [...] fueran tan complejos que no podrían existir sin el esquema hecho visible en sus planos, y reafirmado en el ritmo cotidiano de sus vidas”<sup>18</sup>.

La relación de homología entre espacio y sociedad ha sido un tópico de la antropología estructural, siendo el trabajo más conocido el de Bourdieu sobre la casa de los cabilos de Argelia. Sin embargo, los etnólogos han dedicado quizás poca atención a las dinámicas que la colonización ha impuesto sobre el espacio de los colonizados, y a cómo esta reestructuración haya impactado sobre el orden social local. Robert Jaulin, otro etnólogo francés, es de los pocos que se interesó a este fenómeno: en *La paix blanche: introduction à l'éthnocide*, Jaulin explica cómo los Jesuitas activos entre los Motilones del Amazonas venezolano promovieron la sustitución de las viviendas tradicionales de madera (circulares como los poblados bororo), por unas barracas cuadrangulares de cemento. Su conclusión es que los efectos de esta alteración fueron tan profundos, de contribuir sustancialmente al *etnocidio* de esta población.

“[...] una variación inusual del *habitat* no sólo ha resultado en una incomodidad material, sino que ha provocado también una molestia importante a las relaciones sociales, a la intimidad de las familias, a ciertas calidades morales, al equilibrio social, a la organización de las responsabilidades, y a un orden y a una nobleza que se impusieron a nuestra atención”<sup>19</sup>.

“En pocos años la paz blanca causó 800 muertes entre los Motilones – explica Jaulin –. Si es cierto que las grandes epidemias terminaron, las raíces de la destrucción siguen allí, porque las epidemias se basan sobre la modificación sistemática del orden y del estilo de vida nativo”<sup>20</sup>.

¿Hay una conexión posible entre estas dinámicas de conquista y conversión (de las cuales desconocemos la intencionalidad), y el “imperialismo” del Patronato en las casas baratas de Bon Pastor? Aunque la idea del etnocidio esté claramente fuera de lugar, para lo que atañe a la transformación social de un barrio de la periferia de una ciudad europea, la imagen de la muerte impregnaba muchas de las narraciones de los afectados. “Han matado a mi casita”, escribió una chica. Otros mentaban los familiares nacidos y muertos en la casa, como si la demolición fuera una segunda muerte infligida a sus antepasados. “Más de uno se morirá, en el piso solo”, comentó una mujer; y cuando los primeros habitantes dejaron las casas, no era infrecuente escuchar de que algún anciano había muerto con comentarios del tipo “fíjate lo que ha durado”.

El traslado a los bloques de pisos también se expresaba a menudo con un lenguaje fúnebre, jugando con expresiones como “ir al otro barrio”, o comparando los pisos con unos nichos<sup>21</sup>. En algunos casos, esta referencia era implícita, como en el caso de una mujer que aparece en uno de los vídeos sobre la transformación del barrio, comparando los pisos y las casas como si fueran el cielo y la tierra: desde el balcón de su piso nuevo “parece que estoy viendo el otro mundo de lejos”, mientras que en las casas “no veíamos más que suelo”<sup>22</sup>. Ramón Fenoy y Carlos Hernández, dos inquilinos en espera del desahucio, en 2007

---

<sup>18</sup> Lévi-Strauss, 1961, p. 204, traducción nuestra.

<sup>19</sup> Jaulin, 1970, p. 65 de la edición italiana. Traducción nuestra.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p.16.

<sup>21</sup> “Si me meten en un piso, me meten en un nicho”; “encerrarme allí será matarme viva”: PVCE, 2005.

<sup>22</sup> Kastanidis *et al.*, 2009.

convirtieron la placa de su calle en una esquila fúnebre: “Nací en 1929, comienzan a matarme en 2007”. Pocas imágenes son tan perturbantes – *unheimlich*, diría Freud – y expresan mejor el malestar que provoca la transformación del entorno: los objetos familiares, en este caso la placa de la calle, se convierten en diferentes, y vehiculan imágenes de muerte.

Jordi Borja hace años llamó “malestar urbano” el sentimiento provocado por la rápida transformación de Barcelona: “los ciudadanos se sienten progresivamente desposeídos de su ciudad”. Para una sociedad que se había apropiado de su trozo de ciudad al punto de convertirlo en un elemento estructurador de su cultura e identidad, esta desposesión ha sido un verdadero fin del mundo. Veremos en los próximos párrafos cómo funcionaba y cómo se creó esta cultura, y porque el espacio físico era tan importante para su mantenimiento. Más apropiado que el concepto de etnocidio, es la expresión con qué Pasolini describió cómo la radical mutación de los objetos y los espacios de la ciudad afectó los habitantes de las *borgate* de Roma, destruyendo todas las estructuras comunes con que daban sentido a su mundo: un *genocidio antropológico*. Miguel Tena, antiguo habitante de la calle Granadella, comentó esta transformación radical con palabras que hubiera podido pronunciar el mismo Pasolini:

“Yo lo devolvería todo. Yo no necesitaba coche para ir a trabajar; porque mira, las procesiones: íbamos a Badalona andando. ¡Y a lo mejor nos hacíamos novios! Con una pareja. Porqué no íbamos solos, iban las madres, los padres, y a lo mejor mis padres [decían a otros]: 'déjame que me llevo a tu hijo pa' arriba también', porque tenían faenas, o estaban malos; y era otra cosa, era otra cosa. Ahora es que, vamos, no hay... no, que no. Ha cambiado todo: el lenguaje, la manera de... ¿Uno solamente puede ser moderno? [...] Pasan de todo, las familias se han desintegrado completamente. Yo conozco a todos los primos: cincuenta, cuarenta. Y mis hijos, hay muchos primos que ya ni los conocen, ni van a las bodas ni nada. Y mis nietos, ya no te digo nada”<sup>23</sup>.

**Figura 3.**  
**La demolición como muerte**



Fuente: Joan Alvado, 2007.

<sup>23</sup> Entrevista con Miguel Tena, grabada por Stefano Portelli el 29/7/2004 en la calle Granadella.



## La vida en la puerta

Vamos a explicar más en el detalle cómo funcionaba este mundo, a partir de las observaciones y de las entrevistas que realicé en las casas baratas entre 2004 y 2010. Como expliqué en otras publicaciones, mi primer contacto con el barrio, después de algunos meses en que trabajé en la escuela de primaria, fue cuando un grupo de habitantes contrarios al Plan de Remodelación necesitaron un apoyo para oponerse al Ayuntamiento<sup>24</sup>. Ambiguamente, la misma condena del barrio al 'corredor de la muerte urbanístico' (la expresión es de Marc Dalmau<sup>25</sup>) representó la ocasión para que un antropólogo forastero encontrara una brecha para entrar en un mundo que, en condiciones normales, le hubiera sido prohibido. Como afirmó una joven peluquera de las casas: “Nunca nadie se había interesado por nuestro barrio; ahora que lo están tirando, hacen hasta estudios universitarios<sup>26</sup>”.

Desde arriba, el polígono era una gran mancha de verde en medio de los edificios, justo en la orilla del río Besós. El follaje de los árboles cubría casi del todo las 784 casas bajas, que se entreveían a ras de suelo, como una apertura imprevista en medio de los edificios entre Sant Andreu y Santa Coloma. La uniformidad de las construcciones, dispuestas en filas paralelas interrumpidas solo por tres pequeñas plazas, parecía la paleta en que los habitantes habían experimentado todas las combinaciones de colores: supliendo a la falta de mantenimiento del Patronato, los inquilinos habían pintado y decorado las fachadas de las viviendas. Los azules, los naranjas, los lilas, todos los tipos de verdes, se alternaban, a veces con muy buen gusto, otras veces no. Algunas casas sobresalían con unas segundas plantas prefabricadas, o “remontas”; otras, en los dos extremos del barrio, eran mucho más grandes, y sus habitantes habían vallado un trozo de acera para hacer pequeños jardines repletos de plantas, algunos hasta de verdaderos árboles.

La percepción de estar en un lugar “otro” era tajante. Como las casas reflejaban la personalidad y gustos de cada uno, las calles estaban impregnadas de las costumbres de los que habitaban en las casas que las bordeaban. Sobre todo en verano, cuando los habitantes tendían las tumbonas en la puerta, las callejuelas parecían la extensión de los interiores de las casas, sólo delimitadas por unas pequeñas puertas, casi siempre abiertas. Era en esta zona de transición entre casa y calle que se articulaba casi toda la vida social del barrio. Muchas entrevistas hice de pie en la puerta: desde dentro los inquilinos podían hablar con vecinos y desconocidos sin dejar el espacio doméstico, sin cambiarse de ropa, sin tener que cerrar la puerta. Esta familiaridad con la puerta se extendía a la calle delante de casa: no era infrecuente ver mujeres en bata, a lo mejor barriendo la acera, hombres en pantuflas cruzar

---

<sup>24</sup> Portelli, 2010. En 2009 empezó un proyecto paralelo a mi investigación, que bajo el título de *Repensar Bonpastor* proponía elaborar alternativas a la demolición, a través de un concurso de ideas internacional e interdisciplinario: véase Lawrence-Zuniga, 2012.

<sup>25</sup> Dalmau, 2010.

<sup>26</sup> Sandra Capdevila Sardaña, comunicación informal, noviembre 2008. Sorprende la falta casi absoluta de investigación sociológica o antropológica sobre las casas baratas, sobre todo en comparación con barrios como La Mina, el Raval, o por ejemplo Vallecas en Madrid: del cual se dijo que, desde los años 60, “ha atraído, como un imán, a investigadores sociales y demás profesionales” (Lorenzi, 2007). Los únicos estudios sobre estos polígonos, hasta bien entrado el milenio, son los que publicó el mismo Patronato, o los que encargó el Ayuntamiento de Barcelona: Domingo y Sagarra, 1999; Juste i Moreno, 1989.

hacia el bar, niños que se asomaban a la calle con el pañal o semidesnudos. Desde la puerta, a menudo los vecinos acompañaban con la mirada el paso de algún otro habitante del barrio fuera de su recorrido habitual, como preguntándose: ¿a dónde irá?

Este entramado de miradas y *habitus* recubría todo el espacio. La vigilancia sobre los niños que jugaban en la calle, y que las madres u otros adultos observaban desde la puerta, era sólo una forma más intensa de una vigilancia constante, colectiva, sobre todo el barrio. En muchas calles se podía dejar la casa abierta, dejar a los niños para escaparse un momento a comprar, dejar en la calle las sillas, otros enseres, hasta los instrumentos de trabajo, a veces sin ni avisar: los habitantes confiaban en esta vigilancia colectiva, en que hubiera ojos y orejas por todo el barrio. A veces la sensación era de sofocamiento: las “chafarderas” que supuestamente escuchaban detrás de las puertas o miraban desde las ventanas, eran objeto de bromas o de comentarios indignados. La privacidad, como puede imaginarse, se encontraba sólo en las habitaciones más internas de las casas, y a veces ni siquiera allí: las paredes dejaban pasar todos los ruidos de una casa a la otra. Las quejas sobre la falta de privacidad se compensaban pero con relatos de episodios en que la misma intrusión de todos en las vidas de todos había salvado una vida, o resuelto un problema grave.

Así, esta vigilancia constante sobre el espacio y la vida de los demás garantizaba protección y seguridad. Era un control colectivo, espontáneo, que por la propia estructura física del barrio no podía ser más que descentralizado: desde cada casa se veía sólo un tramo de calle, y nadie tenía una visión integral de todo el polígono. Un dispositivo de control acéfalo, especie de *anti-Bentham* o panóptico al revés, que pero no dejaba que ningún gesto pasara desapercibido, y que transmitía rápidamente la información a cada extremo del barrio a través de las múltiples redes del “chafarderío”. “Estar en la calle” en Bon Pastor significaba sobretudo hacerse disponibles a lo que ocurriera. Cuando unos habitantes de la calle Basella me dijeron “hemos estado más en la calle que en casa”, querían decir que, durante las largas décadas de convivencia, los vecinos y vecinas habían pasado más tiempo juntas que separadas, más tiempo atentas las unas a las otras – quizás hablándose mal, o peleando, o insultándose, pero *juntas* – que solas, en los angostos límites del espacio doméstico<sup>27</sup>.

“Todos nos conocíamos, y todos sabíamos de qué pie cojeábamos; me entiendes, lo que te quiero decir? Yo me podía pelear contigo hoy, y decirte de todo, y mañana decirte '¿tienes que ir a comprar? Pues va, vamos las dos'. Era un trato como de familia. Te peleabas con Fulanita, te peleabas con Fulanito, y al cabo del rato estabas 'ah que [...] pa' los críos, vamos”<sup>28</sup>.

Contraparte de las declaraciones autocomplacidas de que el barrio era “una gran familia aquí”, o “como un pueblo”, era el recuerdo, igualmente frecuente, de que “los taxis no entraban” o que “la policía no entraba en el barrio”. Históricamente, una “mala fama” asociada con las casas baratas había mantenido alejados a los forasteros, incluyendo las instituciones: era un estigma parecido al que envolvía otras zonas de Barcelona (como el Raval, cuyo estigma o *discourse of evil* fué bien analizado por Gary McDonogh<sup>29</sup>). Los límites territoriales que distinguían las casas baratas de los barrios y terrenos colindantes – evidentes en el espacio, con un repentino salto de escala – eran la transposición en el plan

<sup>27</sup> Entrevista grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 29/7/2004.

<sup>28</sup> Entrevista con Florentina Cánovas Vidal, grabada por Stefano Portelli el 10/2/2010.

<sup>29</sup> McDonogh 1987; véase también Wacquant, 2007.

físico de la separación entre la gente de las casas de todos los demás. Así, si por un lado los habitantes tenían “un interés humano, que ya lo quisieran en muchos sitios<sup>30</sup>”, esto se debía también al haber estado “abandonados de la mano de dios”; pero la marginalidad se había convertido en instrumento de defensa, convirtiendo el barrio en una zona impermeable y semi-autónoma, en el cual se mantenía la cohesión interna también a través de la reiteración de la separación entre “los del barrio” y “los de fuera”. Esta separación se transmitía al exterior como una “mala fama”, a la cual pero los habitantes contraponían siempre un discurso interno de solidaridad y ayuda mutua.

“Después de la guerra y todo eso, ya se vino algun extranjero que no lo conocíamos. Ahora, si decían 'es mi familia', no se metían con él para nada. Pero si no le decían nada, o el hombre no sabía siquiera quién era, a aquel lo desplumaban. A aquel le quitaban hasta las ruedas del coche. ¡Si es verdad! Y cogimos mala fama”<sup>31</sup>.

Como resalta Paca, para entenderlo hay que estudiar el pasado; por un lado comprender las intenciones, explícitas e implícitas, que había detrás de la fundación de las casas baratas, por el otro reconstruir la “contra-historia” de cómo los habitantes se apropiaron de este territorio y lo hicieron *legible* (en el sentido de Kevin Lynch<sup>32</sup>). Desde un primer momento, en las casas baratas se establecieron unas formas de supervivencia, de colaboración y cohesión social, que implicaban la oposición constante al poder municipal, y a sus estructuras de control del espacio urbano.

**Figura 2.**  
**Socialidad de calle en las casas baratas**



Fuente: Carola Pagani, 2005.

### **La quiebra de la ciudad horizontal**

Los cuatro barrios de casas baratas no nacieron para ser los espacios de familiaridad y proximidad que encontramos aún bien entrado el nuevo milenio. La intención era de alejar a unos sectores indeseables de población del centro de la ciudad, en una época de extraordinaria toma de conciencia colectiva del proletariado de Barcelona; estos jornaleros

<sup>30</sup> Catalina, apellido desconocido, entrevistada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 5/7/2004.

<sup>31</sup> Francisca Hernández Roca, *ibid.*

<sup>32</sup> Lynch, 1984.

inmigrantes y obreros no cualificados que se expulsó de la ciudad fueron encuadrados en una estructura urbanística “concentracionaria”, calles ortogonales con números en vez de nombres, rodeada por unas tapias o muros de contención, cuyas entradas y salidas eran controladas por los *burots* de la Guardia Civil. La iniciativa, sin embargo, produjo el efecto opuesto.

José Luís Oyón, en su extraordinario ensayo *La quiebra de la ciudad popular*, describe detalladamente la vida de proximidad que desarrollaron los inmigrantes en estas barriadas. Las casas baratas, según él, no hicieron más que serializar y llevar al extremo una serie de dinámicas sociales presentes en todos los barrios espontáneos que aparecieron en los años 20 alrededor de Barcelona. Este conjunto de periferias, que se ha llamado “cinturón rojinegro”, tuvo un papel esencial en la radicalización política de los años de entreguerras: la segregación residencial de clase, producida precisamente por los “pánicos morales” burgueses, favorecieron una práctica cotidiana de solidaridad y ayuda mútua entre obreros que desembocará en la cultura de la acción anarcosindicalista<sup>33</sup>.

La “gran familia”, que encontramos aún activa en los primeros años del nuevo milenio, nació en esta época entreguerras, de la concentración residencial de una población distinta por orígenes geográficas, pero uniforme por clase y formas de vida. “Los vecinos – escribe Oyón – son amigos de juegos y correrías desde la infancia, pero también compañeros de escuela, cómplices en el cortejo, y hasta camaradas en el sindicato [...]. Sea como padre, hijo o hermano, el vecino es visto ante todo como un ‘familiar’<sup>34</sup>”. Al centro de la vida cotidiana de estos barrios, estaba la familiaridad con la calle; como describe Pere López Sánchez respecto a las casas baratas de la Zona Franca, la calle era el elemento aglutinador de toda la vida social y política: “Lo que cada uno iba aprendiendo, o no, luchando por la vida, estaba asociado también, o sobre todo, al deambular por la calle, al frecuentar los lugares de encuentro, al ponerse a trabajar a edades tempranas con otros<sup>35</sup>”.

Como explica Manuel Delgado, hay una estrecha relación entre las formas cotidianas de apropiación y uso de la calle como las fiestas populares, y los momentos de conflicto o revolucionarios, en qué la calle es el centro de la contestación<sup>36</sup>: lo mismo podría decirse de las densas redes sociales y de las relaciones de solidaridad entre vecinos. El historiador Chris Ealham describe con mucha eficacia la transición que se produjo en los años treinta, entre el orden moral espontáneo de los barrios y la práctica política anarcosindicalista. A principio de los años treinta, escribe Ealham, muchos barrios de Barcelona “se asemejaban a pequeñas repúblicas: un orden urbano sociocultural y casi autónomo, organizado desde abajo sin rango y privilegio; espacios relativamente libres, prácticamente impenetrables por la policía, en los que la autoridad y poder del Estado era débil<sup>37</sup>”. Era un proyecto contra-hegemónico, en términos gramscianos, basado sobre una cultura

---

<sup>33</sup> Oyón; Gallardo, 2004.

<sup>34</sup> Oyón, 2008, p. 302-303.

<sup>35</sup> López Sánchez, 2013, p. 44.

<sup>36</sup> Delgado, 2003.

<sup>37</sup> Ealham, 2005, p. 77.

“[...] que abogaba por el derecho de decisión de la comunidad sobre el uso de las calles, y que luchaba por la autosuficiencia y la autogestión del barrio, libre de autoridad externa, y la defensa de una serie de prácticas populares urbanas basadas en los lazos personales y directos frente a las agencias burocráticas de control social y político (la policía y los tribunales), y las fuerzas de mercado impersonales”<sup>38</sup>.

Un testimonio recogido por Gallardo y Márquez relata que Buenaventura Durruti se refugió en uno de los grupos de casas baratas de Santa Coloma, probablemente el de Bon Pastor<sup>39</sup>. El *Comité de Defensa de Barriada* de Bon Pastor era de los más radicales, y de este barrio salieron muchos milicianos que se integraron a las columnas libertarias que defendieron Cataluña de la avanzada de los militares golpistas<sup>40</sup>. Fue precisamente por el hecho de ser una zona franca, en qué incluso el control de la autoridad republicana era débil, que la violencia de los bombardeos y los masacres de los primeros años de dictadura se abatieron con particular violencia sobre esta zona. Pero la memoria del proyecto emancipatorio de los años treinta sobrevivió como un torrente subterráneo; de hecho, en pleno franquismo, el militante anarquista Quico Sabater también se refugió en las casas baratas de Bon Pastor, que a pesar de la represión, seguían siendo en cierta medida un espacio protegido<sup>41</sup>.

En este espacio, el poder entró paulatinamente, durante décadas, como una conquista colonial cada vez más perfeccionada. Si bien es sabido que el franquismo ejerció una forma de control sobre los territorios “rojos” que surgía directamente de la experiencia de Marruecos, menos estudiado es el efecto que tuvo la evangelización. El sacerdote *mossén* Joan Cortinas, que entró en el barrio en 1940, aunque hubiera nacido solo al otro lado del río, se sentía como si estuviera en una tierra de misión. Fue acogido con lanzamientos de piedras y gritos de “escarabajo”, y sin duda alguien le recordó que el anterior párroco, *mossén* Ballart, había sido linchado. Su acción pastoral – ahora objeto de una recuperación hagiográfica que algunos habitantes de las casas baratas contestan decididamente – se dirigía a la recuperación de las “ovejas descarriadas” de la periferia: se veía como un pastor capaz de llevar una manada indócil, que los pastores anteriores no habían sabido llevar. El nombre de la parroquia – el Bon Pastor, precisamente – se extendió a todo el barrio: el objetivo oficial era rescatarlo de la “mala fama”, que, como sabemos, era expresión de la impermeabilidad y cohesión de la comunidad.

A la evangelización se juntó el urbanismo. Unas nuevas oleadas de población fueron confluyendo al barrio, utilizado por la administración como un vertedero humano al cual enviar los desplazados de las nuevas demoliciones del centro. La confusión que el franquismo inducía entre criminales comunes y opositores políticos, fue confundiendo con el prejuicio de clase contra los nuevos inmigrantes: el discurso sobre la mala fama del barrio siguió, y en los años 60 se planteó por primera vez la demolición de las casas

---

<sup>38</sup> Ealham, 2005, p. 96. López Sánchez describe este proyecto como una “parasociedad” o “contrasociedad”: 1993, p. 40.

<sup>39</sup> Esta información se recogió en una entrevista de verano 1995 con el miliciano Antonio Ortíz, comandante de una de las columnas libertarias que tuvieron más voluntarios entre los habitantes de las casas baratas. Gallardo; Márquez, 1997, p. 267.

<sup>40</sup> “Si hemos de hacer caso del número de reseñas de Solidaridad Obrera más o menos relacionadas con actividades de apoyo a las milicias y la revolución, parece que fueron especialmente dinámicos los de la Torrassa, las Casas baratas, Barceloneta, además de los de Sants, el Poble Nou, les Corts, Santa Coloma y l’Hospitalet”. Oyón, 2008, p. 457.

<sup>41</sup> Entrevista con Salvador Angosto Calvet, citada en CEII, 2010, p. 222.

baratas. Pero la acción de la parroquia había permitido volver a aglutinar en parte la vida social del barrio, devastada por el exilio y las represalias; a ella se añadieron nuevas asociaciones y partidos clandestinos, que en los años siguientes darán lugar al nacimiento de la Asociación de Vecinos<sup>42</sup>. La oposición a los proyectos de derribo en los cuatro barrios de casas baratas fue uniforme, pero fue expresión esencialmente de estos grupos políticos. El enemigo era el de siempre: si en los años 30 la resistencia obrera se oponía al proyecto de control sobre el espacio urbano sintetizado en la frase de Le Corbusier “matar la calle”, estos nuevos movimientos tenían en frente un poder que afirmaba “la calle es mía<sup>43</sup>”. Pero su relación con el barrio era bien diferente, como demuestran estos fragmentos de entrevistas con dos importantes líderes políticos de Bon Pastor:

“Nosotros íbamos casa por casa y conocimos cantidad de gente y conquistamos cantidad de gente. Fuimos descubriendo el barrio, llegando a tener una relación muy de tú a tú con la gente. Yo llevaba los periódicos del partido, iba a las casas, pero llegaba allí y encontraba un problema y me ponía a hablar del problema. Lo mismo iba a buscar las medicinas para alguien, que llevaba el niño al colegio”<sup>44</sup>.

“No me gustaba mucho la zona pero por influencia de la gente del PSUC del distrito, más un cuñado mío, que me dijo que tenía que venirme a ver si era posible por esta zona porque habían descabezado a la Maquinista y a la Mercedes Benz y las teníamos que organizar otra vez. Busqué piso y lo encontré acorde con mi capacidad económica, y, además, encontré trabajo en el polígono de la calle Caracas”<sup>45</sup>.

Es decir, la estructura vertical pastor/ovejas instaurada por el “bon pastor” Joan Cortinas, en cierta manera se reproduce también en la separación entre activistas/gente en los movimientos de los años setenta. Como en muchas zonas de Barcelona, la población del barrio fue delegando la acción política a las nuevas asociaciones que se encargaban de representarlos y defenderlos, firmando las peticiones y acudiendo a las concentraciones, bloqueando proyectos urbanístico, reivindicando servicios y equipamientos.

Cuando, a finales de los setenta, muchos de los nuevos líderes confluyeron en el Ayuntamiento, como muchos barrios de Barcelona, Bon Pastor se quedó vacío. El *desencanto* de la transición en el barrio se expresó con el exilio voluntario de padre Alberto Losada, “víctima de una profunda frustración por todo lo que había pasado con los partidos de izquierda y sobretodo por lo que el llama 'aburguesamiento' de los militantes<sup>46</sup>”. A la nueva amenaza de la heroína tuvieron que hacer frente grupos de voluntarios improvisados, que no podían contar ni sobre las antiguas estructuras de defensa del territorio, ni sobre los nuevos líderes, ahora empeñados en otro nivel. En un estudio encargado en 1989 por el Ayuntamiento, se afirma rotundamente: “La Asociación de Vecinos no funciona. Está formada por un grupo de jubilados y los vecinos ven mal su gestión. De hecho, hay una gran falta de participación [...]. El asociacionismo no existe prácticamente<sup>47</sup>”.

Este era el panorama político del barrio cuando se derribaron los primeros dos grupos de casas baratas, Barón de Viver y Eduardo Aunós. La demolición de Bon Pastor se anunció

<sup>42</sup> Girbau *et al.*, 1965; Fabre; Huertas Clavería, 1976, p. 99-100.

<sup>43</sup> Declaración de 1976 de Manuel Fraga, entonces Ministro de Gobernación.

<sup>44</sup> Isabel Martínez Paniagua, en Checa, 2005.

<sup>45</sup> Angel Pérez Moreno, en CEII, 2010, p. 148.

<sup>46</sup> Checa, Travé, 2002, p. 32, traducción nuestra.

<sup>47</sup> Juste i Moreno, 1989, traducción nuestra.

en la prensa en 1998: como la culminación de un lento proceso de recuperación de este espacio “otro”, ya vaciado de sus estructuras de expresión y representación política, y listo para ser absorbido por las necesidades urbanísticas de la administración ciudadana. “No queremos que llueva, pero lloverá”.

### **Etnotécnicas de gestión de conflictos**

“Aunque eso se llame un barrio marginal, es lo más bonito que te puedes echar a la cara. Para hacer un San Juan aquí, tienes una discoteca en cada calle. Entonces esto parece que... no tiene valor [...]. Aquí lo que hay es cordialidad y buen ambiente, la gente pinta con alegría la casita, ¿no ves? Una blanquita, otra naranja... y eso es, un ratito de verano que te apetece decorarla – y se acabará, se acabará en breve, y serán todos bloques, no podrás mirar y ver eso. Que se ve para allá? Qué se ve? Rascacielos!”<sup>48</sup>.

En entrevistar en Bon Pastor, me sorprendió ver cómo los habitantes de todas las tendencias se preocupaban constantemente de desmentir el mito negativo construido sobre su barrio. Este discurso negativo, que se había consolidado también gracias a la literatura<sup>49</sup>, estaba sirviendo para legitimar la demolición. Parecía que, colectivamente, los inquilinos de las casas intentaban responder *in extremis* a estos prejuicios bien establecidos, afirmando que al interior del barrio las cosas eran diferentes. El proyecto de investigación que coordiné, financiado por el Inventario del Patrimonio Etnológico de Cataluña, y promovido por una asociación de inquilinos de las casas baratas, tenía justamente el objetivo de rescatar del olvido ciertas formas autónomas de gestión de la convivencia, que conformaban *una cultura autónoma*, horizontal y autogestionaria, que el derribo amenazaba de desaparición<sup>50</sup>.

Quizás era el derribo mismo que permitía entender la importancia de estas formas sociales. La transformación del espacio hacía evidente hasta qué punto ciertas estructuras reguladoras de la convivencia se basaban en la forma física del barrio. Dónde el discurso corriente evidenciaba *una falta* – de organización, de control, de estructura social – una observación más atenta y más cercana a las percepciones locales conseguía ver *una diferencia*: una organización diferente, un control diferente, una estructura diferente. Se trataba además de formas sociales surgidas *contra* la emergencia de un control centralizado, contra las intrusiones externas, contra el control institucional del espacio: tal y como conjeturó Pierre Clastres, cuando afirmó que las que habitualmente se consideraban “sociedad sin Estado” se tratarían más propiamente de “sociedad contra el Estado”, organizadas expresamente para evitar el surgimiento de un poder central<sup>51</sup>.

El aspecto en qué se veía más claramente la existencia de estas estructuras culturales propias era el de la gestión de los conflictos; el estudio del conflicto, como demuestran antropólogos como Gluckman y Turner, es central para comprender una sociedad. Definí

---

<sup>48</sup> Entrevista con David, apellido desconocido, grabada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 15/7/2004.

<sup>49</sup> Un ejemplo son las descripciones de Francesc Candel de las casas baratas de Eduardo Aunós, que se describe como un lugar de degradación, física y moral: los primeros capítulos de *Donde la ciudad cambia de nombre* se titulan 'el crimen', 'las peleas', 'el entierro'. Las casas baratas juegan en un papel parecido, como sórdidos reductos de miseria y muerte, también en *La ciudad de los prodigios* de Eduardo Mendoza, 1986, p. 372-373.

<sup>50</sup> Se vea Portelli, en curso de publicación.

<sup>51</sup> Clastres, 2010.

*etnotécnicas de gestión de conflictos* una serie de prácticas habituales, en gran medida “informales”, con que los habitantes de las casas, hasta por lo menos los años noventa, gestionaban los conflictos de convivencia. Por diferentes razones, una intervención de la policía se consideraba perjudicial para todos. Algunos porque vivían subarrendados ilegalmente, o porque subarrendaban; otros porque habían hecho obras ilegales; otros porque no tenían licencia de algunos comercios; otros porque se dedicaban al “estraperlo”, al contrabando, otros porque robaban y escondían la mercancía en casa. Todas estas actividades estaban entrelazadas: quién vendía de contrabando permitía que los vecinos compraran bienes a precios menores, y los que robaban, como los vecinos explican con frecuencia, también colaboraban en que no hubiera robos en el barrio, o en recuperar objetos robados. Sobre el tráfico de drogas habría que hacer un discurso más amplio: sin embargo, es posible que hasta bien entrados los años noventa esta actividad no influyera demasiado sobre la convivencia, ya que el consumo masivo de heroína – y luego cocaína – empezó más tarde.

Ví en más de una ocasión cómo, aún en los primeros años del milenio, en el momento de un conflicto se activaban una serie de redes que permitían reconducir el conflicto y pacificar la calle en forma autónoma. Al grito de '¡pelea, pelea!' todos se asoman de las casas cercanas, creando un corrillo alrededor de los litigantes. La trama común de relaciones de parentesco, vecindario, amistad, crean un tejido de mediación y contención del conflicto: en el corrillo hay amigos de los dos, parientes de los dos, vecinos de los dos, que durante el conflicto negocian posibles soluciones. Si la mayoría de los que acuden no hacen mucho más que tomar el pelo y añadir confusión a la escena, otros intervienen, separan, intentan reconducir. Incluso quienes no se meten, contribuyen en conformar un “público”, que convierte la pelea en una especie de teatro: muy a menudo los dos oponentes se alejan, contenidos por alguien, insultándose y gritando amenazas, que pero raras veces hemos visto llegar a concretizarse.

El conflicto parece realmente el momento en qué todas las redes sociales demuestran su fuerza organizadora. Incluso los “chafarderíos” pueden contribuir a gestionar posibles conflictos: cada gesto en público, cada mensaje, llegará sin duda alguna a su destinatario, simplificando la comunicación en momentos de tensión. Además, la práctica de estar “en la puerta”, permite encontrar con seguridad a un eventual oponente, y los conflictos pueden explotar sin estancarse: “algún día me lo encontraré en la calle”, dice quién sabe que antes o después tendrá que regular las cuentas. He visto incluso conflictos que se han evitado con tan sólo mencionar, gritando, la cantidad de amigos comunes, o vecinos, o parientes, en nombre de los cuales se evita emplear la violencia: muy a menudo, estas redes de mediación funcionan incluso entre generaciones diferentes, entre grupos muy lejanos, incluso entre gitanos y no gitanos. Una serie de matrimonios comunes, como pude reconstruir, conectan todos los subgrupos que conforman el paisaje humano de las casas baratas: el momento de gestionar los conflictos pone en evidencia los poquísimos grados de separación que conectan todo el barrio.

Por lo general, los habitantes no son conscientes de la importancia de su capacidad de gestionar el conflicto. Sólo en el momento del traslado a los nuevos pisos, la caída de estas *etnotécnicas* ha demostrado su existencia anterior. Desde los balcones, se puede salir a “chafardear” sin tener que exponerse y hacerse disponibles; la distancia entre los pisos y la



calle – los espacios vacíos de la escalera, el ascensor, la entrada – diferentemente del espacio “en la puerta”, densamente habitado, ralentizan la capacidad de respuesta: muy a menudo, por lo tanto, los que se pelean son dejados solos, sin que un corrillo les ofrezca la posibilidad de contener su violencia. Cuando el conflicto degenera, alguien acaba llamando a la policía. Una mujer mayor observó esta relación entre corrillos y gestión de la convivencia: “¡Ves una pelea y no sales [de casa]! ¡Ves cualquier cosa y no sales! ¿Como va a ser la relación la misma?”<sup>52</sup>.

Las divisiones generadas por la demolición de las casas baratas fueron probablemente el primer conflicto en la historia del barrio que no pudo gestionarse con estas técnicas. Quizás porque lo que estaba en juego era precisamente el elemento estructurador que hacía posible las técnicas mismas: desde un primer momento, los grupos de vecinos enfrentados – agrupados alrededor de dos diferentes asociaciones – no pudieron resolver, sino en casos puntuales, sus divergencias a través del uso de las redes de amistad y proximidad. En 2003 una asociación escribió una carta, publicada en los periódicos y repartida por el barrio, en qué denunciaba la otra de estropear la convivencia; pocos meses más tarde esta segunda asociación avanzó una querrela criminal, por corrupción, contra la primera. Los miembros de los dos grupos dejaron de hablarse cuando se encontraban por la calle. Esta actitud, nunca vista antes en el barrio, abrió el paso a que una serie de nuevos personajes – abogados, jueces, fiscales, incluso políticos – empezaran a gestionar el conflicto entre las dos partes, penetrando en el espacio del barrio, y utilizando las divergencias entre vecinos.

Cuatro años después, cuando la Guardia Urbana desahució con la fuerza las primeras familias de las casas baratas, cargando sobre los vecinos y simpatizantes reunidos en la calle, una parte de habitantes del barrio no salieron a expresar su solidaridad, sino que consideraron legítima y deseable la intervención. En 2010, cuando veinte familias de las casas baratas ocuparon las viviendas que el Patronato había dejado vacías, la policía ya sabía a quién preguntar, para que les indicaran quiénes había eran las casas a desalojar.

**Figura 4.**  
**Demolición en calle Sas, abril 2007**



Fuente: Elaboración propia.

<sup>52</sup> Entrevista realizada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 6/7/2004.

## Conclusiones

Hay más elementos de la cultura popular que garantizaban el control de la convivencia y del espacio público, cuya desaparición coincidió con la demolición del barrio. Una disquisición más completa se incluye en la monografía *La ciudad horizontal*, resultante de la investigación mencionada arriba, y actualmente en curso de publicación. Un ejemplo sería el de la fiesta de Sant Joan, que en Bon Pastor funcionaba aún como ritual de purificación colectivo y de pacificación de cada calle de los conflictos entre vecinos: la Ordenanza sobre Civismo en la vía pública prohibió las hogueras, y la fiesta perdió cada vez más su valor catártico, a medida que nuevas porciones del barrio se derribaban y que los habitantes subían a vivir en los pisos. Otro ejemplo podría hacerse respecto a un “mito de fundación” del barrio: según gran parte de los habitantes, las casas habían sido donadas por una Marquesa y tenían que pasar a ser propiedad de sus inquilinos después de un tiempo de alquiler; pero el Patronato se apropió de este terreno, substituyendo los antiguos contratos que demostraban que la verdadera propiedad era “de los pobres”<sup>53</sup>. Curiosamente, esta substitución se realizó, según muchos, “cuando entró el Caudillo”<sup>54</sup>. Una metáfora eficaz: el actual plan de derribo es posible sólo porque durante el franquismo el Patronato recuperó el control del barrio, sustrayéndolo a sus habitantes.

Lo que interesa resaltar aquí, pero, es sobretodo que la pérdida de este espacio, y de las culturas asociadas a ello, representa para la ciudad de Barcelona una reducción de la diversidad y de la variedad cultural que existía en su interior. La exigencia de control centralizado sobre la totalidad del espacio urbano, resultante de una cultura securitaria que se está imponiendo a marchas forzadas en Barcelona como en muchas otras ciudades, requiere de una homogeneización física y social que puede llegar a desintegrar completamente territorios que habían alcanzado un equilibrio funcional. El resultado de la penetración de los nuevos mecanismos de control puede ser desastroso: se ha visto en Bon Pastor en los años 80, cuando la caída de las estructuras de defensa de la comunidad, después de cuatro décadas de dictadura, abrió el espacio a la difusión de la heroína; se ve en la época contemporánea, cuando después de cuatro décadas de democracia representativa, el barrio es absolutamente incapaz de contener la penetración de la cocaína, que está provocando estragos sociales quizás aún más graves, porque no limitados a un sector o a un grupo de población.

La historia de Bon Pastor puede representar un ejemplo, de cómo una observación en profundidad de las dinámicas históricas y sociales tiene que preceder cualquier intervención urbanística. Si el objetivo del *urban renewal* era, como afirmaba la retórica oficial, el de integrar el barrio a la ciudad, el resultado ha sido el opuesto: el barrio, despojado de su identidad social y política, económicamente agotado por las dificultades del traslado, se ha vuelto aún más aislado y “otro” respecto a la ciudad, aunque esté mejor conectado físicamente a través de las nuevas líneas de metro. A observación de los sociólogos Candan y Kollouglu puede aplicarse perfectamente a Bon Pastor:

---

<sup>53</sup> Tanto en Domingo; Sagarra, 1999, p. 41, como en Fabre; Huertas Clavería, 1976, p. 83, se cita y desmiente este mito.

<sup>54</sup> Entrevista realizada por Stefano Portelli y Silvia Minarelli el 23/7/2004.

“El patrón más impactante y llamativo es que, mientras que Estambul se expande geográfica y demográficamente, las 'estambules' usadas, experimentadas y vividas por los diferentes grupos y clases sociales en Estambul se están encogiendo. [...] los diferentes grupos socio-económicos en Estambul son progresivamente encajados en una ciudad siempre más pequeña, moviéndose por espacios muy limitados, con pocos o ningún contacto entre ellos”<sup>55</sup>.

Si el objetivo era, en cambio, como propongo aquí, una intervención revanchista dirigida a la recuperación de un espacio fuera de control, imponiendo comportamientos y estilos de vida diferentes de aquellos habituales en la zona, que garantizaran más presencia institucional, sin duda el proyecto ha alcanzado sus objetivos. Pero ¿podrá mantenerse? Imaginar el futuro de Bon Pastor, como de cualquier territorio metropolitano, es difícil: a largo plazo es probable que incluso desde este punto de vista el fracaso sea absoluto, como lo fue en 1929 la idea de pacificar a los obreros alejándoles de la ciudad. La crisis económica ha frustrado el propósito de aquellos habitantes que apoyaron el derribo para mejorar su estatus social; la caída de las redes de solidaridad y de una relativa autonomía colectiva ha empujado a muchos a implicarse aún más en mercados ilegales, esta vez pero sin el apoyo y la protección de la comunidad. Los que insisten en mantenerse en la legalidad, dependen aún más de los servicios sociales o de la caridad.

Lo que está claro es que la paranoia securitaria, y la obsesión por homogeneizar, han provocado la desaparición de culturas de gestión de la convivencia en el espacio público, que hubieran sido de gran ayuda delante de la crisis. El barrio de casas baratas había sabido aguantar largas décadas integrando las diferencias y convirtiéndolas en fuerza colectiva. Si estas capacidades se han agotado, se debe en gran parte también a la falta de interés y de atención que demostró el resto de la ciudad, que ha confiado casi integralmente en la “mala fama” y en la versión de las autoridades municipales, delegando a las instituciones públicas y a controvertidas asociaciones locales la decisión sobre un territorio que había que considerar patrimonio colectivo de la ciudad. Sobre las casas baratas, como sobre cualquier barrio, es la ciudad entera que tiene derecho y deber de debatir y opinar. Delante de la posibilidad de invertir las tendencias de las políticas públicas de la ciudad, y en particular respeto al sector de casas que aún quedan en Bon Pastor – como hemos dicho, alrededor de 400 viviendas, abandonadas y en espera de demolición – queremos concluir con una llamada a la acción y a la intervención, citando de nuevo el prólogo de Manuel Vázquez Montalbán para su libro *Barcelonas*:

“Ortega y Gasset escribió un prólogo a la edición inglesa de su ambiguo estudio filosófico e histórico *La rebelión de las masas*, en el cual justificaba las políticas de no intervención en la Guerra Civil Española. Mi prólogo reclama el contrario: por favor, intervinid en la guerra española que se está librando justo ahora, una guerra mantenida por un deseo frenético de crecimiento finalizado al crecimiento mismo, cualquiera sea el costo”<sup>56</sup>.

## **Bibliografía**

BRUNELLO, Piero. *L'urbanistica del disprezzo. Campi rom e società italiana*. Roma: Manifestolibri, 1996.

---

<sup>55</sup> Candan; Kollouglu, 2008, p. 31, traducción nuestra.

<sup>56</sup> Montalbán.

- CLASTRES, Pierre. *La societat contra l'estat*. Barcelona: Virus, 2010 (1974).
- DALMAU, Marc. La Colònia Castells, un barri al corredor de la mort. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 2010, vol. 1, n° 15.
- DELGADO, Manuel. *Carrer, festa i revolta. Els usos simbòlics de l'espai públic a Barcelona (1951-2000)*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de Cultura, 2003.
- DOMINGO, M.; SAGARRA, F. *Barcelona: les cases barates*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, Patronat Municipal de l'Habitatge, 1999.
- CANDEL, Francesc. *Els altres catalans*, Barcelona: Edicions 62, 2008 (1964).
- CEII (Centre Estudis Ignasi Iglèsies). Retrats per la memòria. Persones i lluita antifranquista al districte de Sant Andreu (1939-1982). *Finestrelles*, 2011. Disponible en: <<http://retratsperlamemoria.wordpress.com/>>. [28 de septiembre de 2012].
- CHECA, Martí; TRAVÉ, Carme. *Personatges d'un barri. El Bon Pastor*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, 2002.
- CHECA, Martí. Forces antifranquistes per un barri. El cas del Bon Pastor (Barcelona). *Actes del Congrés la transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Universitat Autònoma de Barcelona, Centre d'Estudis sobre les èpoques franquista i democràtica, 20, 21 y 22 de octubre de 2005, p. 47-55.
- EALHAM, Chris. *La lucha por Barcelona, clase cultura y conflicto 1898-1937*. Madrid: Alianza, 2005.
- FABRE, Jaume; HUERTAS CLAVERÍA, Josep María. *Tots els barris de Barcelona*, vol. 5. Barcelona: Edicions 62, 1976.
- FULLILOVE, Mindy Thompson. *Root Shock: How Tearing Up City Neighbourhoods Hurts America, and What We Can Do About It*. New York: Ballantine Books, 2004.
- GALLARDO ROMERO, Juan José; MÁRQUEZ RODRÍGUEZ, José Manuel. *Revolución y guerra en Gramenet del Besòs (1936-1939)*. Barcelona: Grupo de Estudios Històrics Gramenet del Besòs, 1997.
- HERZFELD, Michael. Spatial Cleansing. Monumental Vacuity and the Idea of the West, *Journal of Material Culture*, 2006, vol. 11 (1/2), p.127-149.
- JAULIN, Robert. *La paix blanche: introduction à l'ethnocide*. Paris: Seuil, 1970.
- JUSTE I MORENO, Maria Àngels. *Territori i seguretat. Una aproximació a la problemàtica de Bon Pastor*. Barcelona: Ajuntament de Barcelona, Comissió Tècnica de Seguretat Urbana, 1989.
- KASTANIDIS, Mikalis, et al., *Un pie dentro un pie fuera* [Vídeo]: Universidad de Barcelona, 2009. Disponible en línea: <<https://archive.org/details/BonPastor->

UnPieDentroUnPieFueraBarcelona2009>. [5 de abril de 2014].

LAWRENCE-ZUNIGA, Denise. Barcelona's Repensar Bonpastor. A Collaboration of Anthropologists and Architects. *American Anthropologist*, 2012, vol. 114, n° 3, p. 526-527.

LÉVI-STRAUSS, Claude. *Tristes Tropiques*. New York: Criterion, 1961 (1955).

LÓPEZ SÁNCHEZ, Pere. *Rastros de rostros en un prado rojo (y negro)*. *Las casas baratas de Can Tunis en la revolución social de los años treinta*. Barcelona: Virus, 2013.

LORENZI, Elisabeth. *Vallekas puerto de mar. Fiesta, identidad de barrio y movimientos sociales*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2007.

LYNCH, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili, 1984 (1960).

MCDONOGH, Gary W. The Geography of Evil. Barcelona's Barrio Chino, *Anthropological Quarterly*, vol. 60, n° 4, octubre 1987.

MENDOZA, Eduardo. *La ciutat dels prodigis*. Barcelona: Edicions 62, 2000 (1986).

OYÓN, José Luís; GALLARDO ROMERO, Juan José. El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona en el período de entreguerras (1918-1939). Una hipótesis de trabajo. In: OYÓN, José Luís; GALLARDO ROMERO, Juan José (Eds.). *El cinturón rojinegro. Radicalismo cenetista y obrerismo en la periferia de Barcelona 1918-1939*. Barcelona: Ediciones Carena, 2004, p. 7-13.

OYÓN, José Luís. *La quiebra de la ciudad popular. Espacio urbano, inmigración y anarquismo en la Barcelona de entreguerras, 1914-1936*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 2008.

PORTELLI, Stefano. Repensar Bonpastor. Una intervención multidisciplinaria independiente en un barrio afectado por la transformación urbanística. *Perifèria. Revista de Recerca i formació en antropologia*, 2010, n° 12.

PORTELLI, Stefano. *La ciutat horitzontal: lluita social i memòria col·lectiva a les cases barates de Barcelona*. Barcelona: Generalitat de Catalunya, Departament de Cultura, en curso de publicación.

MONTALBÁN, Manuel Vázquez. *Barcelonas*. Verso, 1992.

PORTER, Libby. *Unlearning the Colonial Cultures of Planning*. Burlington: Ashgate, 2010.

PVCE (Plataforma Veïnal contra l'Especulació). *Resultados de la encuesta vecinal en las 'casas baratas' de Bon Pastor*. Documento electrónico, 2004. Disponible en: <<http://periferiessurbanes.org/wp-content/uploads/2010/08/2004-EncuestaVecinal.pdf>>. [14 de junio de 2012].

RAHNEMA, Majid. *Quand la misère chasse la pauvreté*, Paris/Arles: Fayard/ActesSud, 2008.

SMITH, Neil, *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City*. London: Routledge, 1996.

WACQUANT, Loïc. Territorial Stigmatization in the Age of Advanced Marginality, *Thesis Eleven*, 2007, vol. 91 n°1, p. 66-77.